EL BESO DEL HORIZONTE

MARTA GÓMEZ GARRIDO

EL BESO DEL HORIZONTE

Vision Libros

El beso del horizonte
© Marta Gómez Garrido
© Editorial: Vision Libros
Calle San Benito 21 Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9886-703-9
Depósito legal: M-

Diseño base cubierta: Marta Gómez Garrido e Inés Gutiérrez del Álamo

Maquetación: Daniel Hernando
daniel@visionnet.es

Distribuye y produce:
Distribuidora de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis,
Local 28029 Madrid.

Pedidos a pedidos@visionnet.es
www.distribuciondigital.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright

En esta segunda novela quisiera agradecer por encima de todo el apoyo de mi familia: mis padres, mi hermano, mis tíos y mis primos, en esta andadura, porque me dan el aliento necesario en las inevitables noches del camino. Y por último a Inés, por ayudarme a dar forma al presente libro y por ser ya una parte de mí.

Os quiero

SÓLO UNA PESADILLA

Las noches se vuelven metálicas cuando el velo del sueño que comienza a cubrirnos se vuela por culpa de sentimientos vaporosos. Es entonces cuando la cama sobre la que reposamos comienza a transformarse en un brasero que nos incomoda en cada postura, agarrotando nuestros músculos.

Anoche me acosté temprano para ser capaz de abrir los ojos a la mañana siguiente, tarea que cada mañana me cuesta más trabajo. El despertador cada vez suena más lejano, porque cada noche emprendo en mis sueños una travesía hacia el desierto de la desgana y la fatiga, un lugar que cuando me encuentro dormida se torna real. Una vasta extensión de fina arena, casi eterna, casi inabarcable, a través de la camino aunque ya de antemano sé que, camine lo que camine, nunca llegaré a hallarte.

En medio del sueño escucho un timbre metálico, molesto, a través del aire caldeado cargado de arena. Se acerca, las dunas lo transportan en un chirriar arenoso de pequeñas motitas vidriosas. En ellas,

como si de un espejo se tratase, veo reflejada la mirada de cada ser que estrechó entre las suyas mis manos, a todas aquellas personas que me permitieron refrescarme o ahogarme entre un iris brillante y una pupila acuosa.

No hay soledad en un mundo de onírico, todo es posible, por eso me acuesto con la esperanza de encontrar tus ojos, un día, entre la masa cristalina sobre la que camino en cada uno mis sueños. Te he buscado infatigable en cada uno de estos granos de arena pulida, pero el infinito desierto dormido se escapa a mis ojos. Sé que encontraré tu alma en una diminuta mota, porque la siento más cerca en cuanto me acuesto y mi inconsciencia navega sobre mi cama, una balsa dotada de sábanas y almohada sobre la que alcanzo la playa que se vislumbra en todos mis sueños, ese lugar en el que el eco de tu voz suena a timbre de despertador. Es entonces, sólo entonces, cuando mis ojos comienzan a abrirse; el sol brillante que preside el cielo y abrasa mi piel me abduce y me transporta de nuevo a mi habitación, este cuarto cerrado en el que ya no siento tu alma.

Una vez más, todo ha sido un sueño. Ahora sí hay soledad, existo sólo yo contra el mundo, mi mundo. Es en este momento cuando las plantas de los pies me arden y las llagas se hacen visibles y sangran, dañadas por las miradas que me atravesaron durante la noche desde aquellos fragmentos de cristal. Aún con los ojos medio cerrados, resistiéndose a enfrentarse a un nuevo día igual de vacío, te busco entre los restos cristalinos que quedaron en mis pies, pero nunca te encuentro. Una gran sensación de

desazón me inunda y comprendo que me he perdido en el desierto de los anhelos, hundida en el océano de decepciones sobre el que mi cama navega cada noche, porque no soy capaz de afrontar el devenir de mis días sin ti.

Me incorporo sobre la cama con pesadez. Tengo la mandíbula dolorida, como todas las mañanas, porque recordar mi existencia me provoca la rabia necesaria como para despertarme desencajada por la tensión.

Una pequeña lágrima resbala desde mi ojo izquierdo y se desvía hacia la nariz. La vida no es un regalo cuando nos pesa como plomo en el estómago, ni cuando las noches dejan de ser una excusa para evadirse de la tormentosa rutina.

Un primer pensamiento demasiado profundo para comenzar el día, demasiado pesimista. Me preocupa estar cayendo en una trampa sin fondo, una trampa de frivolidad que me arrastra lejos de mí misma.

Apoyo el pie derecho sobre el suelo, está helado. El frío comienza a apaciguar el ritmo acelerado que había alcanzado mi corazón debido a las altas temperaturas que había creído sufrir durante mi estancia en la isla de mi subconsciente. Un escalofrío me recorre la espalda, como un relámpago que atraviesa la nieve y escarcha sus pensamientos.

Un día más me levanto para continuar la historia de mi vida, sola frente al mundo, mi mundo, el que me asfixia cada noche y me escupe cada mañana.

Me dirijo hacia la ducha con la mente en blanco. Me deshago del pijama, húmedo por mi reciente aventura acuática o quizá por mi propio sudor fruto

del miedo. Abro la ducha y dejo que el agua limpie los últimos residuos de miedo que la desazón había dejado en mi piel. En ese instante los pensamientos vuelven a asediar mi cabeza.

¿Es posible confundir una mirada directa, una conversación silenciosa de pupila a pupila? Dicen que la mirada es el espejo del alma, ¿puedes entregar tu alma, sin querer, sin saberlo a un semejante?, ¿Puedes engañar con ojos directos a sentimientos esquivos?, ¿Puedes apoderarte de otra persona sin reconocer esclavitud en sus pupilas?

Yo siempre desconfié de las palabras ajenas, sobre todo si la voz de mi interlocutor no me animaba a creer sus aseveraciones, sin embargo, las miradas me turban. Me asusta su fuerza incontenible. Una persona puede mentirte con falsas palabras, pero a través de sus ojos se sincerará contigo, inevitablemente.

Eso era lo que yo creía, pero los años, o mejor dicho la experiencia, nos muestra que las cosas no son como creemos, que las personas no son perfectas en unos casos ni pura basura en otros. Al principio estamos llenos de prejuicios o ideas inocentes que van cayendo por su propio peso, como si fueran la piel de una serpiente. Se cambian por otro tipo de opiniones, generalmente más extremistas y pesimistas, el desencanto de la vida.

Así pues, ahora sé que me equivoqué, se puede engañar con la mirada, se puede no sentir ese halo de vida al que se funden las dos almas a través de un contacto tan parco y lejano como es una sola mirada.

El agua caía sobre mi cuerpo, resbalando por unas curvas sinuosas recién relajadas. Ya comienzo a recu-

perar mi estado anímico habitual, mi contentismo bien mezclado con ganas de mejorar. Dejo escapar una sonrisa, mitad cariño y mitad impotencia, porque sé que nunca terminaré de creerme lo que he conseguido aprender a base de palos y cristales ardientes. Soy una cebolla de esperanza, debajo de todas las capas negativas y pesimistas siempre guardo esperanza. Quizá sea esto lo que me mantiene viva.

Salgo de la ducha y me encuentro frente al espejo, creo que ya no me reconozco. No sé exactamente en qué momento dejé mi identidad perdida por el camino, seguramente fue mientras me mojaba la ropa a grandes brazadas a través de este mar obtuso que es la vida. Me siento perdida, sola frente a una desconocida cuya mirada me aterra.

De pequeña soñaba con el futuro, imaginaba mi cuerpo desarrollado de mujer, mi rostro de persona adulta endulzado por la madurez, nunca llegué a creer que se hastiaría a través de los años. Siempre quise crecer, cumplir la edad necesaria para que el resto del mundo me respetase, me alegré de llegar a los veinte. Mi problema fue que el tiempo no me concediera una tregua, no se detiene por nada ni por nadie, no le gusta ser siervo de sueños pasajeros, ni ser derrotado por mortales. Su caminar es eterno y cada vez queda menos arena en el reloj de mi existencia, se me escurre entre los dedos sin poder retenerla, sin poder evitarlo, es demasiado fina y lejana.

Puedo negarme a vivir, encerrarme en una alcoba de sueños, aislarme de los peligros; sin embargo, el tiempo continuaría pasando, los segundos se acumularían en mi puerta, haciendo preparativos para la

hora de mi adiós. El miedo sería mi compañero nocturno, porque todo sería noche y los días se apagarían, entre cristales de bombillas rotas por la angustia, convertidos en la arena sobre la que camino cada vez que el cielo oscurece y mis ojos se apagan bajo el telón de los párpados, cuando el trabajo finaliza para ellos y comienza para mi fatigada mente.

No debería renegar del reflejo que el espejo me devuelve, al fin y al cabo soy yo (o debo serlo), cada uno se labra su sendero y yo construyo el mío. Aunque no recuerdo bien cuándo ocurrió, cuándo mi piel, junto con mis facciones, se endureció, cuándo la inocente juventud se convirtió en cansancio.

Quizá sea sólo una mala racha, una mala noche. Quizá sea sólo que te has cruzado en mi camino. Tú no querías que parase, sólo pasabas por mis días, pero aun así me he parado, creyendo que me llamabas, y he corrido hacia ti, pero sólo era el eterno sonido metálico de mi despertador. ¿Cómo volver al camino cuando pierdes la noción del rumbo?

Comienzo a tener frío y pierdo el hilo de mis pensamientos. La piel se me eriza avisándome de que requiere de una protección. Cojo una toalla y salgo del cuarto de baño para dirigirme de nuevo hacia mi habitación. Ahora todo está en penumbra, es muy temprano.

En la oscuridad las formas se confunden y los pensamientos surgen con mayor facilidad, como si la luz les asustase y la negrura les reclamase con un canto de sirenas imposible, imperceptible.

Me paso una mano temblorosa por el pelo y desciendo hasta el cuello, respiro una honda bocanada de oscuridad.

Hace demasiado tiempo que disfruto en soledad de mi cama, no sé si me refiero a un tiempo subjetivo o a uno objetivo, seguramente hace menos del que me parece. Mirándolo bien tiene sus puntos positivos, ahora soy capaz de viajar gratis todas las noches sobre mi propio lecho, aunque me gustaría poder elegir el rumbo. Estoy cansada de mis tediosos sueños, de los cristales y de ese sol abrasador que me marchita aún más la piel y el pelo, que me evapora cada gota de alegría que soy capaz de reunir durante las mañanas. Posiblemente por eso disfrute ahora de no ver más que siluetas.

Suena el teléfono móvil y me inclino sobre la mesilla de noche para cogerlo. Abro la tapa y me lo coloco con pesadez sobre la cara.

—¿Sí?

—Hola Carmen, soy Andrea. ¿Te he despertado?

—No, tranquila, ya era la hora de despertarse.

—En realidad es un poco pronto, temía despertarte pero quería quedar contigo esta tarde y si espero a que pasen un par de horas quizá ya estés ocupada, porque últimamente no hay quien te vea.

—¿A qué hora quieres quedar? Es tarde, no voy a llegar al trabajo.

—¿Trabajo? Pero si hoy es sábado, en serio, tenemos que hablar. ¿A las tres te viene bien?

—Sí, donde siempre ¿vale? La única pega es que no puedo estar mucho tiempo, he quedado esta noche, ya sabes, para hablarlo.

—¿Otra vez? No hay nada más que hablar, así no vas a llegar a nada, al menos a nada bueno, y lo sabes.

—Necesito aclarar las cosas. Luego nos vemos ¿vale?

—Está bien, deberías volverte a echar, necesitas dormir.

—Lo pensaré, adiós.

—Hasta luego.

Extrañas figuras se desdibujan sobre el techo de mi habitación. Pequeñas cucarachas que lo recorren al compás del viento, ajeno al interior de mi piso. Parecen formar una mayor. Me mira, con dos diminutos ojos que escrutan cada gota que mis pupilas logran exprimirle a mi alma.

El oscuro reflejo de las ramas cambia de golpe, comienza un día con viento. Me susurra a través de los cristales y sus hojas parecen pedirme que me una a ellas, que ascienda hacia el techo para poder acariciarlas y sentirme parte de ellas. Me pregunto si ellas se reconocerán en su oscuro reflejo.

Comienzo a sentir el ascenso, se despliegan hacia mí buscando mis brazos, parecen añorarme. Ya casi siento su frío tacto, pero el recorrido cambia y me encuentro de nuevo en mi cama, sobre el mar de la angustia, camino de una nueva búsqueda de miradas. Sin una mísera sombra que me reclame, sin paciencia para escrutar cristales cargados de historias que no significan nada y que queman como pequeñas estrellas incrustadas en cada poro de la piel.

EL BOSQUE

Camino a tientas sobre un recorrido de piedras. Abarcan el ancho de un río caudaloso y potente. El agua golpea mis pies con furia e intenta arrastrarme con la corriente, la espuma se ríe de mí y de mi torpeza, de mi inminente caída. Sus carcajadas ascienden en finos hilos de locura y se confunden con la bruma que me envuelve los ojos.

El bosque está en silencio, los pájaros y demás seres animados han desaparecido, asustados por la estruendosa señal de felicidad e ira. Las piedras son redondeadas y me dañan la planta de los pies que se retuercen desesperados sólo para aferrarse unos segundos más al diminuto pasillo de cantos rodados, intentando no resbalar.

Estiro los brazos para mantener el equilibrio, cada vez es más difícil y comienzo a tener miedo; el río lo nota, huele el sudor frío que recorre mi espalda, como un lobo agazapado en la espesura que anhela poseer mis restos para siempre en su profundidad.

Un último golpe de agua me derriba y caigo al interior del río. Las turbulencias me impiden subir a la superficie, la desesperación comienza a anudarse en mi estómago y en mi garganta, mis lágrimas se confunden con la risa espumosa que me allana.

El agua está congelada y con cada embestida noto miles de pequeñas agujas afilándose contra mi cuerpo. Me cuesta mantener los ojos abiertos porque el agua helada los abrasa. Creo ver algo entre la niebla de mi futuro recorrido, una rama de metal que brilla sobre la superficie excitada de mi agresor. Parece que me hace señas para que la abrace. Se estira hacia mí con seguridad, quiere salvarme.

Al pasar por debajo de ella la agarro con fuerza. Mi mano no resbala como creí que pasaría, sino que por unos segundos se funde a su brillante acero. La rama gira brutalmente hacia atrás y me saca del río, que grita en un sonido hueco de furia, en una catarata de ira.

La potencia ha sido excesiva y salgo disparada a través de la maleza sombría y verdosa sobre la que me sitúo. Veo pasar docenas de copas de árboles bajo mi cuerpo, me siento libre por primera vez en mucho tiempo, demasiado. El viento acaricia mi cuerpo con delicadeza, no deja ni un resquicio de mi alma por refrescar con sus suaves ráfagas.

Pero nadie puede mantenerse en el aire indefinidamente, comienzo a descender, poco a poco. Planeo sobre las hojas superiores de los árboles. Me relajan el cuerpo, noto sus cosquillas en las leves sonrisas que escapan de mi boca.